

El Mayta real resulta ser un pobrecito peruano que trabaja de empleado en una heladería y que vive con su mujer y sus cuatro hijos en una mísera chabola de un barrio que no tiene ni luz ni agua corriente.

¿En qué cree hoy el ex discípulo salesiano que, hace medio siglo creía ardientemente en Dios? Más tarde, cuando Dios murió en su corazón, pasó a creer con la misma fuerza en la revolución, en Marx, en Lenin, en Trotski. Después, en los sucesos de Jauja y la revolución de su país. Y en el presente, ¿qué cree? La impresión de Vargas Llosa es que el Mayta real no tiene fe alguna, que es un hombre vacío, dominado por la apatía y el abandono moral.

... «la deprimente comprobación de que es un hombre destruido por el sufrimiento y el rencor —escribe—, que ha perdido incluso los recuerdos. Alguien, en suma esencialmente distinto del Mayta de mi novela, ese optimista pertinaz, ese hombre de fe, que ama la vida a pesar del horror y las miserias que hay en ella». El único deseo que aún está vivo en Mayta es la escapada, el irse del país: a Venezuela, o a México, donde dicen que hay mucho trabajo por el petróleo. Y hasta a los Estados Unidos, aunque no hable inglés.

«Aquí no hay perspectiva de trabajo —dice el ex revolucionario— de nada. No hay. Por donde uno mire, simplemente no hay.» El, que tanto creía, que tanto quería creer en un futuro para su desdichado país, acaba de tirar la toalla. Piensa que la situación no cambiará nunca para mejor, sino para peor solamente. Más hambre, más odio, más opresión, más ignorancia, más brutalidad, más barbarie. Por eso, Mayta, como tantos otros, sólo quiere huir, escapar, si es que está todavía a tiempo.

El que en 1958 intentara iniciar la revolución, veinticinco años después se encuentra en la total desesperanza y abandono.

El verdadero Perú

Mario Vargas Llosa, escritor comprometido y realista, como él mismo se define, sitúa la acción de su novela en la década de los años cincuenta: cuando «eso que estaba pasando en Cuba no era nada comparado con lo que podría pasar en el Perú, si quisiéramos» —dice uno de sus personajes—. «Lo que pasa allá —añade— no es nada comparado con lo que puede pasar acá. Gracias a nuestra geografía, quiero decir. Un verdadero regalo de Dios para la revolución. Cuando los indios se alcen, el Perú será un volcán.» Para el revolucionario, el Perú verdadero estaba en la sierra y no en la costa, entre los indios y los cóndores y los picachos de los Andes, y no en Lima, ciudad extranjerizante y ociosa, antiperuana, porque desde que la fundaron los españoles había vivido con la mirada en Europa y en Estados Unidos, de espaldas al Perú.

La primera intentona revolucionaria se da en Jauja en el año 1958, y sus dos protagonistas, Mayta y el joven militar Vallejos, van a ser el testimonio del fracaso esencial del extremismo revolucionario.

«¿Te das cuenta que no exageraba cuando te decía que los Andes están maduros? —dice Vallejos a Mayta—. Tal como te lo he dicho y repetido, mi hermano, un volcán. Y lo haremos estallar, carajo.»

Vargas Llosa nos cuenta en su libro que, más tarde, cuando, inspirados por la

Revolución cubana, hubo en 1963, 1964, 1965 y 1966, brotes guerrilleros en la selva y en la sierra, ningún periódico recordó que el primer antecedente de esos intentos de levantar en armas al pueblo para establecer el socialismo en el Perú había sido ese episodio ínfimo, afantasmado por los años, en la provincia de Jauja, y nadie recuerda ya a sus protagonistas.

Religión y revolución

Mario Vargas Llosa dedica una veintena de incisivas páginas a la incidencia que el marxismo y la revolución han tenido en el campo de lo religioso en las naciones centro y sudamericanas. Unas veces se muestra benévolo y hasta comprensivo con el tema y sus sujetos; otras, como es el caso de Ernesto Cardenal, es tajante y descalificador.

Una de las monjas que en su día fue tocada por la toma de conciencia y la revolución, al cabo de los años, reflexionando sobre su recorrido comenta: «Ya no sé, ya no estoy tan segura de si hicimos bien. ¿Cuál fue el resultado? En el colegio éramos treinta y dos monjas y una veintena de hermanas. Ahora quedan tres monjas y ninguna hermana. El porcentaje anda por ahí en la mayoría de los colegios. Las congregaciones se han hecho trizas... ¿Fue buena nuestra toma de conciencia social?» Y la respuesta es: «Nos sirvió a las que perdimos las falsas ilusiones, pero no la fe, a las otras quién sabe.»

Perú se encuentra en la época de los curas y monjas progresistas, de los convencidos de que la religión ya no es el opio del pueblo, de que todo está cambiando y de que la revolución la van a hacer también ellos. Surgen así los nombres de monseñor Barbarén, el obispo de las barriadas, que lleva «su famoso anillo con las armas pontificias en un lado y la hoz y el martillo en el otro»; de Gustavo Gutiérrez que concibe la teología de la liberación «explicando que hacer la revolución socialista era deber de los católicos; de monseñor Méndez Arceo que «aconseja a los creyentes mexicanos ir a Cuba como antes iban a Lourdes».

Con Ernesto Cardenal, Vargas Llosa es fulminante al recordar la primera vez que le vio y escuchó personalmente, acto en el que afirmó que no había ninguna diferencia entre el Reino de Dios y la sociedad comunista... «la Iglesia se había hecho una puta —decía—, pero gracias a la revolución volvería a ser pura, como lo estaba volviendo a ser en Cuba»...

«Aún conservo viva la impresión de insinceridad e histrionismo que me dio», comenta el autor de *Historia de Mayta*.

El fin igual que el principio

El problema de la miseria peruana es una constante en las páginas del presente libro: «Si uno vive en Lima —dice en sus comienzos— tiene que habituarse a la miseria y a la mugre o volverse loco o suicidarse.»

Orografía de casuchas, cuevas, tenderetes, pocilgas, criaturas revolcándose y perros súbitos, junto con la desocupación, la droga y el robo, es lo común y corriente en las barriadas.

Mario Vargas Llosa insiste en describir la violencia, la miseria y el terror que padece el Perú, pero lo que no se ve en ningún lugar de la novela es por donde apunta una posible salida a tanta tragedia. Lo único que queda claro es que el extremismo revolucionario no es válido y que está abocado al fracaso. ¿Existe o puede existir solución posible? Parece sintomático que el autor de la *Historia de Mayta* finalice su novela de la misma manera que la comenzó. Dice en las últimas líneas: «... hace un año comencé a fabular esta historia mencionando, como la termino, las basuras que van invadiendo los barrios de la capital del Perú».

¿Principio y fin de un infierno real abocado a no desaparecer nunca?—ISABEL DE ARMAS (*Juan Bravo*, 28026 MADRID).

El Evtushenko novelista *

La sola mención de la palabra Siberia produce en el interlocutor una sensación de frío, soledad, helada desertización y, lo que es peor, la imagen ya tópica del presidio que nos narra la literatura rusa, tanto antes como después de la Revolución. Parece que el enorme país siberiano sólo sirva para acoger criminales (entendidos como tales aquellos que el régimen así etiqueta) que se pudren lentamente en las eternas nieves de los campos de los trabajos forzados, los barracones pestilentes y que acaban con sus viejos huesos en las aldeas que les tienen asignadas para un regular morir una vez concluida la condena. Nada parece haber cambiado desde los tiempos del zar; los nuevos zares, los rojos, nunca pudieron inventar un plan quinquenal que aboliera para siempre el inhumano destierro al infierno blanco de Siberia.

Pero he aquí que Evgueni Evtushenko nos presenta un país siberiano completamente distinto. Y es distinto porque esta Siberia tiene unos habitantes que no son presidiarios ni lo han sido jamás, y, además, la acción de la novela transcurre en verano, un verano como el que puede sentirse en un país mediterráneo, con temperaturas altísimas, escasez de agua para beber, frutas exuberantes y mujeres apetitosas. Con *Siberia, Tierra de Bayas*, Evtushenko se propone borrar la imagen de Siberia, sinónimo de destierro y grilletes. No hay seres encadenados, sino campesinos que cuidan del agro en santo amor de Dios, recogen la cosecha, cultivan folklores musicales y culinarios y son de una hospitalidad pegajosa con el forastero. En los siberianos traídos a la acción por Evtushenko hay como un afanoso interés por hacerse conocer a los otros habitantes del universo soviético del que se sienten parte integrante y aislados al mismo tiempo. Y esto parece ser el propósito fundamental del autor, con la seguridad que le da el saber que su obra se va a poder leer en Occidente; late en el escritor un patriotismo mal disimulado a todo lo largo de la obra. Un

* EVGUENI EVTUSHENKO: *Siberia, Tierra de Bayas*. Editorial Planeta, S. A. Barcelona, 1984.